



por ISABEL  
ROMERA

## En el día de hoy

Antes, cuando el otoño caía en noviembre, me encantaba -por costumbre o por tradición supongo- recorrer el antiguo camino que conducía al cementerio por la festividad de Todos los Santos.

Por diversas circunstancias, he tenido no sé si el gusto -yo creo que sí- de conocer algunos cementerios. Uno chiquitito de Torremolinos ya en desuso, el de Casabermeja, totalmente bizantino, desde donde se escucha el rumor del mar; el de los Ingleses de Málaga convertido en vivero, con arancarias, buganvillas mimosas, hibiscus... Pero a mí el que más me gusta es el nuestro, el de aquí. Debe ser porque me encantan sus cipreses, que contra lo que la gente imagina son un símbolo de perduración y vida interminable -por eso se plantan en los cementerios-, o porque me gusta su orden, su silencio, su tiempo detenido y muy poco, sin embargo, la morbosa afición por la muerte y sus rituales.

Este extraño gusto por los cementerios lo descubrí el día que, paradójicamente, me di cuenta de que no necesitaba acudir a ellos para recordar a mis muertos más queridos y sí para interiorizar, aunque sólo sea de vez en cuando, que la primera obligación de un ser vivo es justamente ejercer como tal, o sea, vivir -que no es lo mismo que respirar-.

Vivir, como lo contrario de la búsqueda de seguridad, del exceso de cautela, de los

temores hipocondríacos, del ansia del tener, de la rutina, del deterioro mental en pequeñas gotas, del encasillamiento, y que por el contrario tiene muchísimo que ver con el riesgo, la capacidad de sorpresa, la apuesta permanente, el desprendimiento, la intensidad, la apertura, el avance y el disfrute de cada momento.

Todos conocemos el famoso «CARPE DIEM» o el «que a cada día le baste su propio afán» del Evangelio, y junto a ellas la frase del personaje de Machado: «Que la vida se tome la molestia de matarme, ya que yo no me tomo la molestia de vivir». Frases de este tipo, citas... las hay para todos los gustos. Afiliarse a unas u otras forma parte de nuestra manera particular de ver la vida. Somos nosotros, en el peor de los casos, quienes nos empeñamos en confundir e igualar nuestros días no viviéndolos, sino sobreviviéndolos, en espera del improbable futuro, esperando el milagro del gran día, que acaba por no llegar o llegar demasiado tarde, como si el milagro no fuera justamente abrir los ojos cada mañana.

No creo que sea otro, pues, el sentido de la muerte, ni siquiera las anuales festividades de los

Difuntos, que el recordarnos que la vida es un ir muriendo lento y enriqueciente y que más allá, al menos que yo sepa, no existe libro de reclamaciones.

